

EL LECTOR MEMORIOSO

Por **Antonio VILLANUEVA**

A.P.E. María Moliner, de Aragón

(Reseña publicada en el *Boletín de la Asociación de Profesores de Español*, nº 43, Madrid, A.P.E., enero-abril de 2003, pp. 16 y 17. ISSN 1136-9493).

José Luis Melero, *Leer para contarlo. Memorias de un bibliófilo aragonés*, Zaragoza, Ibercaja, 2003.

José Luis Melero (Zaragoza, 1956) acaba de publicar un libro de memorias que es todo un hallazgo, uno de esos libros que transmiten la pasión de leer. Cuando dentro de unos años se quiera estudiar la vida editorial y librera de Aragón y España en el siglo XX, habrá sin duda que referirse a él. En doscientas páginas largas de amena lectura, el autor va refiriendo anécdotas, aportando datos y comentando obras, todo ello en un estilo elegante, pero natural, no exento de detalles de humor.

Melero es especialista en libros españoles raros y curiosos, sobre todo de los siglos XIX y XX y de temática literaria. Consumado lector de poesía, memorias y biografías, los autores aragoneses --y entre ellos, Sender y Jarnés-- son sus devociones. En esta su obra primeriza se aprecian maestría y oficio en el arte de contar. Por algo su autor es bibliófilo desde hace más de treinta años. Tres décadas largas dedicadas a la pasión de la lectura y al hallazgo exquisito de obras perdidas, descatalogadas, desconocidas; hallazgos luego divulgados en eruditos artículos, prólogos, introducciones y antologías que ya son multitud y que Melero había escrito antes de decidirse a editar su *opera prima*, este volumen del que ahora hablamos, en la colección que dirige el catedrático turolense Eloy Fernández Clemente, la *BARC (Biblioteca Aragonesa de Cultura)*.

El libro ha tenido gran impacto, sobre todo en la ciudad natal del autor, Zaragoza, donde fue presentado como acontecimiento cultural relevante en el Salón de Actos de la Institución Fernando el Católico, que depende de la Diputación Provincial de Zaragoza. Desde su aparición en las librerías, han ido aumentando el número de lectores y de reseñas o comentarios¹.

Leer para contarlo, título de resonancias hispanoamericanas (concretamente, recuerda el libro de memorias de Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*), es, como sugiere Félix Romeo, el libro de un lector tan apasionado --aunque algo más cuerdo-- como don Quijote, menos frustrado por aquello de que la realidad no sea como la ficción que Emma Bovary. En realidad, es un libro sobre los amigos, sobre ese

¹ Por ejemplo, las siguientes: Sanmartín, Fernando, "Las pasiones de un lector", en *Artes y Letras*, suplemento literario de *Heraldo de Aragón*, 13 de febrero de 2003, p. 6; Castro, Antón, "El cuento feliz del azar", *Heraldo de Aragón*, 20 de enero de 2003; García, Mariano, "José Luis Melero" (entrevista), *Heraldo de Aragón*, 18 de enero de 2003, p. 37; Romeo, Félix, "Los libros de los otros", *Trébede. Mensual Aragonés de Análisis, Opinión y Cultura*, Zaragoza, marzo 2003, nº 73, pp. 79-80.

grupo de escritores del que siempre le ha gustado rodearse a Melero, el grupo de Ignacio Martínez de Pisón, Antón Castro, Andrés Trapiello, Juan Manuel de Prada, Javier Barreiro..., todos aquellos con los que José Luis ha compartido tardes de domingo, tertulias literarias, salidas nocturnas o jornadas futboleras de sufrimiento por su equipo de toda la vida, el Real Zaragoza.

Además de a los amigos, Melero homenajea a los librereros de viejo, callados, devotos de su oficio, acechadores siempre de la pieza que pasa desapercibida a su rival de profesión. Antonio Vidal o Inocencio Ruiz, en Zaragoza; José Manuel Valdés en Oviedo, y tantos y tantos otros en cada ciudad española, todos aparecen aquí y de todos habla y a todos aprecia el bueno de José Luis. Del pasado, recuerda naturalmente a los destacadísimos estudiosos del libro Antonio Palau, Pedro Vindel, Bartolomé José Gallardo, Juan Manuel Sánchez (de cuyo lema, “Todo por Aragón y para Aragón”, se apropia)... Y no olvida el agradecimiento para los librereros del Rastro, donde también pueden hallarse verdaderas joyas bibliográficas.

Pero donde realmente manifiesta un sentido del humor realmente antológico es cuando se ocupa de los que son, como él mismo, bibliófilos impenitentes. Melero se ríe de sí mismo y de esa colección de *rara avis* que constituyen los buscadores de libros raros y curiosos, y cuenta anécdotas absolutamente divertidas, referidas a lo doméstico (los problemas conyugales de los bibliófilos, por ejemplo, cuando sus cónyuges descubren que han vuelto a gastar una importante cantidad de dinero en la adquisición de un nuevo ejemplar) o a las rivalidades entre compradores. De Antonio Cánovas del Castillo destaca, verbigracia, que era capaz de suspender un Consejo de Ministros para atender a quien le trajera un volumen relevante. O nos cuenta que el ganadero y poeta del 27 Fernando Villalón tenía el sueño de criar toros de lidia con los ojos verdes.

En fin, basta con consultar el índice onomástico que figura al final del libro para darse cuenta de que Melero lo ha leído todo y ha comprado mucho (como él mismo dice, con modestia, no siempre bien, pues es imposible comprar siempre lo mejor y al mejor precio). Su devoción libresca le ha deparado hallazgos impagables, como el folleto *La obediencia militar*, de Benjamín Jarnés, que no figuraba en las bibliografías del escritor de Codo (Zaragoza), o *El sable* de Pedro Luis Gálvez, un autor sobre el que es gran especialista y del que pudo dar información a Juan Manuel de Prada cuando este escribía *Las máscaras del héroe*.

Melero, ciudadano ilustrado, el amigo de escritores que se sentía un poco como el Pepín Bello entre tanta luminaria de la Residencia de Estudiantes (Lorca, Dalí, Buñuel...), demuestra con este libro su buen gusto, la extensión de sus conocimientos libresco y su gracia elegante en la escritura. Y como los buenos escritores, ha hecho con toda su experiencia lo mejor que podía hacer: contarla, contárnosla, en un volumen memorable que se lee con facilidad.